

hallara medio de satisfacer su deseo y penetrar en el sagrado recinto parlamentario. Por fin, aquella maestra en los artificios de la pluma y de la lengua, tomó el aire y el estilo de una devota del redomado Robespierre, y barajando la palabra traidores con otros tópicos y lugares comunes de la escuela jacobina, penetró en el reservado y prohibido estadio interior del Parlamento. Mas allí no veía persona ninguna capaz de llevar sus mensajes á la presidencia. Un cuarto larguísimo de hora transcurrió sin que topase la infeliz con alma viviente. Por un milagro de la casualidad apareció el diputado Roze, quien otros días llevó á su conocimiento el mensaje de una Cámara que le pedía su presencia y palabra, mientras ahora ella pedía y rogaba que le permitiesen presentarse y hablar. Entre una solicitante y una solicitada media el abismo. Roze, á fuer de caballero, tomó una carta dispuesta por madame Roland en su hogar para el presidente y la llevó á su destino. Una hora medió entre su ida y su vuelta. En esa hora sufrió madame Roland todas las torturas que al temperamento nervioso impone la impaciencia. No pueden imaginarse las criaturas de temperamento linfático lo que padecen las criaturas de temperamento nervioso cuando tienen algo y alguien que aguardar en las frecuentes incidencias desagradables de la triste vida humana. Hacer antesala es cosa de absoluta imposibilidad á los impacientes. Madame Roland, agitada y descompuesta como si pasase toda clase de torturas, ya se paseaba en guisa de leona enjaulada por el saloncito donde se hallaba recluida; ya ponía el oído en las cerraduras de aquellas puertas para percibir algún sonido capaz de revelar algo de lo mucho trágico que pasaba en torno suyo durante aquel día de verdadera singularidad. Por fin, Roze volvió diciendo que reinaba en el Parlamento un tumulto difícil de pintar y describir; que peticionarios tumultuados henchían la barra en busca y requerimiento de veintidós cabezas girondinas; que hubo necesidad de salvar el secretario de la comisión proponente del comité de los Doce, pues lo querían matar; que unos diputados se iban y otros se ocultaban, temerosos de caer aplastados todos bajo la pesadumbre de tan tremenda catástrofe. Madame Roland preguntó á Roze quién presidía en aquel momento, y respondiéndole que Sechelles, comprendió cómo su esfuerzo iba de seguro á frustrarse y cómo no llegaría su meditado escrito al conocimiento de la perturbada Convención.

Así, rogó á Roze avisase á Vergniaud de su presencia y lo llevase inmediatamente á su lado, para conseguir de su influencia la entrada en el salón de sesiones y el uso de su verbo, en cuya virtud ponía grandísimas esperanzas. Vergniaud corrió á la entrevista con su amiga en cuanto le noticiaron sus deseos. Pero, en el estado por que pasaba la Cámara, díjole no poder halagarla con esperanza ninguna, ni prometerle ninguna ventaja, pues había caído tan alto cuerpo en una incapacidad completa de intentar bien alguno y de ofrecer verdaderos beneficios. Madame Roland, tan testaruda como vehemente, no se rindió al pesimista consejo de Vergniaud. Para ella todo lo podía la Convención francesa,

con tal de querer algo y persistir en su querencia. La mayoría de los ciudadanos le pide una consigna que regar con su sangre y que cumplir hasta la muerte. En sus temeridades nerviosas y en sus fantasías femeniles imaginábase diciendo cosas imposibles de decir por Vergniaud, y salvando la República por un acto heroico de su voluntad y un soberano esfuerzo de su palabra. En la disposición de su alma, propensa de suyo al sacrificio; en el intenso remonte de su valor que todos los peligros le ocultaba y le suprimía todo miedo; elocuentísima en aquella tensión de sus nervios y en aquellas sobreexcitaciones de su temperamento; ensoberbecida de orgullo por el arresto de sus propósitos; embriagada con el vapor de sus propios deseos y esperanzas, veíase llevada en triunfo por las calles con el Congreso á sus plantas. Vergniaud puso grande cantidad de agua en aquel embriagador vino compuesto por las descabelladísimas esperanzas de madame Roland, y le dijo como, aun llevada su carta inmediatamente á la presidencia, no podría en hora y media leerse, á causa de hallarse en discusión una ley compuesta por seis artículos, y de colmar la barra innumerables peticionarios, impacientes por recibir las respuestas relativas á sus innumerables peticiones. Ante dificultades tamañas, madame Roland decidió transmitir á más tarde su obra, y asegurando una pronta vuelta, para que Vergniaud se lo notificase á sus amigos, fué hacia otra parte. Con efecto, después de haber ido á casa de Louvet, sin hallarlo, tórnase á su hogar y se haltó con que Roland se había huído de los revolucionarios y asiládose casa de un amigo que le brindaba con su seguro escondite y una franca hospitalidad. Váse al escondite de su marido, lo ve, le habla; y se vuelve hacia la Convención, teniendo que dejar su coche por el tropiezo continuo con fuerzas armadas y que andar á pie con daño de su quebrantada salud, todavía en convalecencia de sus ataques nerviosos y de sus biliosas cóleras. Por fin, desmayada y ayuna sin haber tomado en todo el día más sustento que una copita de vino; decaídas sus fuerzas y desarreglados sus nervios; dolorida por intermitencias de los escalofríos con la fiebre; llega en punto de las diez aquella noche al Congreso y se encuentra con que ha suspendido sus faenas diarias y levantado la sesión. El asombro de madame Roland al ver cómo los diputados se habían ido no tuvo límites. Parecía imposible que París estuviera en estado de insurrección permanente y los diputados se marchasen á sus casas como en los días ordinarios y dejaran al hado ciego la dirección de los hechos y el gobierno de los ciudadanos.

Madame Roland entró en su casa después de media noche, al cansancio muy rendida, pero no amedrentada por el terror. Había pensado en pasar la noche al lado de su marido; mas el refugio encontrado no era capaz de mucha gente. Había pensado en irse casa de un amigo; pero á tan altas horas de la noche corría grandes peligros en el tránsito por las calles de París. Decidió, pues, acostarse dentro de su cuarto y en su cama, no sin poner una pistola bajo las almohadas, para pegarse un tiro en el caso de que pudiese amenazarla cualquier violencia, causa de cualquier profanación. Apenas se había sentado en sus

sillas y recogido sus cabellos, cuando suena fuertemente la campanilla. Sale á ver quién llama la doncella, y vuelve despavorida de horror, anunciando que llama la policía. Madame Roland permanece con suma tranquilidad al saber la noticia, y se presenta con aire majestuoso á los esbirros. Nunca pareció tan soberana como en este minuto de su terrible humillación. Un juez no interroga jamás á un reo, cual preguntó á los recién llegados la matrona qué títulos presentaban en excusa de aquel crimen: la entrada nocturna y con armas en un hogar ajeno. Los recién llegados le ofrecieron por toda satisfacción mandatos, así de un comité revolucionario, que nadie conocía, como de una municipalidad dictatorial, que todos conocían demasiado. Madame Roland estuvo pensando, mientras la escena pasaba, qué haría, si entregarse con resignación ó si defenderse con violencia. La defensa no presentaba probabilidad alguna de buen suceso. Imposible á una pobre mujer luchar con media docena de alguaciles en armas. Para mayor tribulación, un juez de paz y un destacamento de milicia llegan. El juez pone sello á los muebles todos; los milicianos entran como Pedro por su casa y van por donde los empuja el gusto. Como subían á más de cien personas las llegadas, el hedor de sus alientos y sudores corrompió los aires, en términos de no poderse respirar allí. Madame Roland escribió una carta recomendando á unos amigos su hija. Los inquisidores aquellos la requirieron para que leyese tal escrito. Madame Roland lo rasgó, y tiró los pedazos. La curiosidad insana de aquella gente intentó saber á quién había la carta dirigido. Madame Roland no le había puesto ni sobre ni dirección. A las siete de aquella mañana salió de su casa, y como su familia llorase, la conjuró al silencio y á la conformidad. Dos filas de agentes la esperaban en las aceras, y una multitud de curiosos rodeaba estas filas. Madame Roland entró en el coche sin hacer caso de nadie. Los esbirros, los curiosos, las gentes armadas idas á prenderla, como si de un gran criminal se tratase, siguieron y acompañaron el coche con suma diligencia. De vez en cuando el silencio reinante por las mañanas en París se interrumpía con voces descompasadas de mujeres exaltadísimas encarándose con la presa, y diciéndole sin recato ¡«á la guillotina!» Los comisarios quisieron bajar las cortinillas de las portezuelas, y Madame Roland se opuso, diciendo como no temía las miradas de nadie ni pensaba sustraerse á ningún clamor ni á ningún calificativo, por injustos y desacordados que fueran, pues no quería tomar, ante su conciencia pura, el gesto y actitud de una persona culpable; y, aunque la condenasen al cadalso, subiría con la misma tranquilidad que mostraba en la hora de ir al calabozo. Gemía la infeliz, pero por su patria; dolíanle y amargaban los errores de aquellos á quienes creyó aptos para granjear la felicidad al pueblo. Mas aunque apreciara la vida, sólo temía el crimen, despreciando la injusticia y la muerte. Entre tales coloquios, llegó á la puerta de su cárcel.

Llegada la infeliz á su reclusión, lo primero que vió fué un caramanchón con seis camas ocupadas por otros tantos reos y una multitud inmensa de oficiales dependientes que se

agitaban y se movían en todos sentidos sin saber por qué ni para qué. Desde aquel sitio pasó á la portería, salita muy cuca, de irreprochable limpieza, en la cual salita una mujer muy gorda y muy satisfecha le brindó con una mecedora muy cómoda. Preguntando la recién llegada por su habitación definitiva, respondióle aquella portera que, no habiéndole dicho nadie nada de su arribo, ni tenía preparado alojamiento alguno para su albergue y vivienda. El conserje recogió los documentos, por cuya virtud y orden debía encarcelar á la gran dama y trató á ésta con todas cuantas consideraciones y respetos se deben á la grandeza y á la hermosura y á la desgracia de una débil mujer. Así preguntóle qué deseaba para su desayuno, y madame Roland le respondió que medio vaso de cerveza mezclada con medio vaso de agua. Los comisarios que la prendieron y la transportaron desde su hogar á la cárcel, no procedían en el cumplimiento de sus encargos, como procedía el conserje. Disputadores, gárrulos, entrometidos dieron en rostro á la víctima con la fuga de su esposo, diciéndole no estaría tan inocente cuando temblaba y escurría el bulto ante la justicia. Madame Roland contestó que no huía el bulto á la justicia humana, sino á todo lo contrario, á la jacobina justicia, extrañándose de que pudieran sospecharse traiciones á la libertad en quien le había prestado tantos servicios, no pudiendo en paciencia sufrirse las calumnias y las persecuciones caídas sobre un político, quien, después de haber seguido procedimientos tan justos y haber presentado tan claras cuentas, al verse desconocido y maltrecho, se sustrae á los últimos excesos y á los últimos golpes de la envidia. Justo como Aristides, severo como Catón, decía su mujer, las innumerables virtudes que ostenta le granjearon los innumerables enemigos que tiene, en cuya rabia no hay ni medida ni límites, por lo cual madame Roland quería se desahogaran sobre su persona, perdonando á un hombre, cuya edad y cuya salud aún le permitían prestar servicios innumerables á la libertad y la patria. Los comisarios se despidieron aturdidos y confusos, mientras la conserje arreglaba en alcoba humilde una cama pobre, pero limpia, diciendo luego á la prisionera cómo podía permanecer allí hasta la noche, para cuyo arribo tendríale un albergue ya, empeño difícil por el número inenarrable de víctimas que á todas horas llegaban, expedidas á mandatos del comité revolucionario y de la municipalidad dictatorial. La pobre conserje siente terrible pena y gana de llorar siempre que llega una mujer, pues no todas tienen el valor y el coraje de madame Roland, y algunas parten las piedras con sus doloridas quejas y con sus prolongados lamentos. Cuando madame Roland se quedó sola, sintió un grande consuelo con escuchar los latidos regulares de su corazón sereno, ver la clara superficie de su conciencia plena, pensar en el juicio favorable de la posteridad, quien habrá de ceñirle una corona de mártir. Hasta entonces la cuitadísimá no había tenido tiempo de apelar á la razón pidiéndole que justificara sus combates y sus pasiones. Desde aquel instante, si algo había hecho de malo, quedaba consumido y volatilizado en los braseros del martirio. Muchos fueron sus afe-

tos, según ella, y muchos de estos afectos le aportaron terrible suma de calumnias más punzantes que los abrojos de cuyas púas se halla erizado el mundo. Pero en el seno de un calabozo parecido á un sepulcro; desgarrada por las mordeduras que sus enemigos infligían en su honor; próxima de suyo á presentarse ante la justicia del tiempo que se llama historia y ante la justicia del cielo que se llama Dios, no sentía ningún remordimiento, pues si pecaron de muy exaltados y excesivos, no pecaron de viciosos nunca, y siempre se atuvieron al infranqueable límite que no puede atravesar sin desdoro y sin deshonor una mujer honesta y casada. En tal examen de conciencia no podía esconderse á la mirada de madame Roland su historia política, y á su historia política consagró todos sus pensamientos, que luego han compuesto sus memorias.

Lo primero que hizo, después de todas estas meditaciones, fué dirigir á la Convención una carta, pintándole toda la escena que había pasado en su casa y todos los desacatos de que había sido víctima. Muy agitada por tantas emociones trágicas, encontróse bien hallada cuando la redujeron sola en una prisión y la dejaron entregada por completo á sus recuerdos. Cuatro paredes muy sucias, en medio de las cuales yacía un lecho muy duro, guardadas por ventanas de doble reja y trascendiendo al olor de los calabozos, constituyeron el triste albergue de aquella gran estadista. Las dimensiones de la sala eran muy considerables; la chimenea ofrecía todo lo necesario á la calefacción; los cobertores del lecho nada dejaban que desear, y madame Roland durmió, á pesar de que cerca sonaban los goznes de las puertas, recibiendo nuevos prisioneros, y lejos sonaban el cañoneo de alarma y el repique de rebato, anunciando nuevas catástrofes. Lo primero que, al día siguiente, se procuró la prisionera fué una mesa de escribir, la cual arregló con diligencia y cuidado femeniles, resignándose á comer en el mármol de la chimenea, por no exponerse á manchar sus papeles. Después de haber pensado en sus escritos, pensó en sus lecturas. Tales aficiones á estos ejercicios del alma tenía, que se llevó en el bolsillo desde su hogar á la cárcel un poema de Thompsón muy leído y muy admirado por ella toda su vida; y para completar esta lectura pidió las biografías de Plutarco con la Historia inglesa de David Hume y el diccionario de Sheridan. Perseguida, encerrada, sola; sin su esposo y su hija; respirando el aire infecto de una prisión colmada; circuida por gentes que violaban todos los principios del derecho y hacían del bien un crimen; sabiendo que sus amigos estaban dispersos, la representación nacional violada, la unidad francesa rota, la proscripción dispuesta de todos los que unían á la inteligencia la probidad; madame Roland, incapaz de comprender cuántos males traen las instituciones recién nacidas, por buenas que sean, y como engendran catástrofes sin número al sustituir las viejas creencias con creencias nuevas y al transformar las añejas costumbres retrógradas en recientes costumbres progresivas, daba un adiós elegiaco á sus sacrificios sublimes, á sus ilusiones generosas, á sus esperanzas ilusas, á toda la felicidad con que soñara siempre, á la patria

querida, pues en los primeros vuelos de sus sentimientos, á la edad apenas de doce años, lloraba por no haber nacido esparciata ó romana, y creyendo ver en la revolución francesa las aplicaciones inesperadas de los principios con que había nutrido su espíritu, pensaba que la libertad tiene dos fuentes, las buenas costumbres en que se originan los sabios códigos y las claras luces que nos traen el conocimiento de los derechos, por lo cual imaginaba que un mundo nuevo social debía surgir de tantas agitaciones y que la ventura de cada uno debía engendrar la emancipación de todos: «brillantes quimeras, añade, seducciones que me habéis encantado; la espantosa corrupción de una ciudad babilónica os ahuyenta de mi alma; desdeñosa de la vida, vuestra pérdida hácemela odiar y hasta querer los últimos excesos de la maldad y del crimen; «á qué aguardáis, anarquistas, bandidos, ya que proscibís la virtud, verted la sangre de quienes la profesan, y empapada la tierra, se abrirá bajo vuestras plantas y os tragará de una vez á todos.» No se puede dar una desesperación mayor, pero tampoco se puede concebir que tras los males presentes no se adivinen las mejoras y progresos de lo porvenir. Si madame Roland hubiera podido ver la sociedad nacida entre aquellos torrentes de sangre y aquellos vapores de crimen, jamás renegara de su propia santa obra. Ella no veía el esclavo manumitido, el hogar consagrado, la conciencia libérrima, el derecho distribuido entre todos los hombres, el ciudadano gobernando por los comicios y por los congresos, la libertad triunfante, el despotismo con todos sus excesos aherrojado, la igualdad de condiciones cada día más extendida, la tortura y el potro acabados, la hoguera inquisitorial extinta; sólo veía la hipocresía de Robespierre, la brutalidad de Dantón, los asesinatos de Marat coronados como si fueran virtudes, el terror extendido como un voraz incendio, el apostolado evangélico de sus más amantes discípulos en la proscripción sumido, la guillotina sustituyendo al trono, su casa violada, su nombre conspuído, su esposo errante, su familia dispersa, su nación disuelta, los terribles dolores de todo alumbramiento social.

Y en aquel estado, así de cuerpo como de alma, la brillante amazona, magüer sus desengaños dichos con tan extraordinaria elocuencia, no daba paz á la mano en esto de atacar á sus contrarios y defender á sus amigos. Las falsedades difundidas respecto de las relaciones políticas entre los Orleanes y los girondinos; el favor prestado por estos á Dumouriez y la ingratitud y la traición con que por el malvado general lo acogiera; los dos ministerios tan opuestos de Roland, quien parecía ministro republicano en la Monarquía y ministro monárquico en la República; los méritos y las virtudes con los talentos múltiples de Brissot contrastados por ligerezas nacidas de su propia bondad y por el candor con que confiaba en todos los hombres, pasándose de crédulo por no caer en mal pensado; las explicaciones de su amistad antigua con Robespierre, á pesar de la doblez reconocida en el carácter suyo y de su floja é incorrecta palabra; las maniobras y conjuras de Lacroix, puesto á la cabeza de los orleanistas, nacido con todos los talentos y ence-